

## EL CERCANO ORIENTE ANTE LOS ACONTECIMIENTOS DE EGIPTO

El mes de julio del corriente año 1971 parece destinado a quedar como uno de los más importantes hitos en la historia actual de Egipto y de todo el Cercano Oriente, porque este mes destaca ahora como un punto simbólico de un cruce, una evolución y varias contradicciones. Los sucesos de la política interna que en las esferas gubernamentales de El Cairo se produjeron por la que se llamó «crisis de mayo», no sólo fueron el punto de partida de una etapa entera en los rumbos del país del Nilo, sino que dieron paso a una sucesión de incógnitas que cada vez se presentan más enredadas. De todos modos, ya pueden afirmarse algunas realidades evidentes respecto a los cambios en el tiempo y el espacio. Por ejemplo, la de que en Egipto terminó y se cerró la fase histórica entera de la revolución de Gamal Abdel Nasser durante dieciocho años. Pues sea cual fuere el porvenir del país durante los quince años del tratado acordado con Moscú, esto será una etapa diferente y, acaso, también casi un nuevo régimen.

Considerando después de Egipto el panorama total de los demás países y territorios que tiene alrededor, se comprueba en primer lugar que los bruscos cambios políticos de El Cairo parecen ser el epicentro de una multiplicidad de sacudidas parciales que pueden alterar varios vínculos internacionales regionales (sobre todo, el del sistema de la Liga Árabe). Pero, en cambio, no es egipcio el origen de la diversidad de estados de tensión que en diversas partes ponen los pueblos fuera de las orientaciones de los Gobiernos. Así, en Siria fue ahogado un comienzo de intento de golpe de Estado hacia mitad de junio, en el Sudán hay grandes sectores de la población en situación de resistencia pasiva, y en el Líbano, que oficialmente aparece unido y tranquilo, los grandes políticos están armados por su cuenta. Todo ello sin olvidar que dentro de Israel actúan varios grupos en des-

acuerdo con el Gobierno de Golda Meir. Sobre todo, los de los jóvenes protestatarios sefarditas, conocidos como «los panteras negras».

Una de las causas más salientes de la tensión general es el desarrollo entre varios sectores populares de los distintos países de la repulsa hacia el predominio internacional de la tendencia a que el Cercano Oriente natural (el «Mideast» anglosajón) siga siendo exclusivamente concebido y tratado como un terreno de pugnas de influencias y reparto de bases entre las grandes potencias mundiales. Esa tendencia al «reparto», que ya existía cuando fue deshecho el Imperio otomano y siguió hasta la segunda guerra mundial con las pugnas entre los aliados y el Eje, resulta cada vez más insostenible para los diversos núcleos étnicos y nacionalistas de los países de la región. Los diversos movimientos de nuevas construcciones orientales localistas que, con los nombres de «turanismo», «iranismo», «panarabismo», «sionismo», «pansemitismo», «neoislamismo», etc., surgieron entre 1900 y 1940 principalmente, han quedado ahogados o rotos en sus significados por culpa de los «grandes prepotentes», que ahora son los de Washington, Moscú y, en lejanas perspectivas, los de Pekín.

Volviendo a los orígenes más salientes de la nueva etapa, en Egipto, tal como fueron expuestos y comentados en las informaciones diarias y semanales de la prensa de Europa occidental, se comenzó por concentrar la atención sobre el complot tramado contra el presidente de la RAU, Anuar El Sadat, complot descubierto casi casualmente y reprimido con toda celeridad. Aquellas informaciones y aquellos comentarios, ante todo, ponían de relieve que ya desde pocos días después de haber fallecido Nasser, se había notado una pugna y un dualismo entre dos grupos de personalidades antitéticas. El primer grupo era definido como «aquellos que han perdido toda la confianza en los Estados Unidos», y que tenían a su cabeza los nombres de Ali Sabry y Charaui Gomaã. El segundo grupo era el de los que (según se creía) juzgaban que el sostenimiento de la presencia rusa en Egipto era «un callejón sin salida». Entre las figuras gubernamentales de este sector se destacaban las de Mahmud Fauzi y Aziz Sedky, que eran, respectivamente, primer ministro y viceprimer ministro.

La figura del jefe del Estado, Anuar El Sadat, no parecía formar parte de ninguno de los dos grupos extremos. El hecho de haber sido el sucesor automático de Gamal Abdel Nasser se explicaba legal y oficialmente porque Anuar El Sadat era en aquellos momentos el vicepresidente de la República en funciones. Después, la confirmación de la sucesión por la Asamblea Na-

cional fue también resultado de que Anuar El Sadat no sólo había sido antes de la República de 1952 uno de los creadores del movimiento de los «oficiales libres», sino que él fue quien anunció en 1953 la proclamación de dicha República.

Anuar El Sadát parecía, por tanto, no sólo la figura más autorizada por la continuidad de la República y de la RAU, sino también la persona más centrada y mejor equilibrada, sin dejarse llevar por uno ni por otro de los dos grupos extremos referidos. Eso era una garantía interna. En cuanto a la política exterior, la oferta hecha el 4 de febrero para facilitar todo lo posible la reapertura del Canal de Suez, con vistas a facilitar la paz en todo el Cercano Oriente, fue para Anuar El Sadat algo que despertó gran simpatía en amplios círculos de la opinión mundial. Parecía evidente que Sadát, en nombre de su país, estaba dispuesto a hacer el máximo de las concesiones que pudiesen permitir los sentimientos del honor, la independencia y la subsistencia de Egipto. Sadat no tuvo la culpa de que la ONU no aprovechase la ocasión para hacer, por fin, que se comenzase a cumplir la famosa resolución del Consejo de Seguridad de 22 de noviembre de 1967. Ni tampoco tuvo Anuar El Sadát la culpa de que Rogers en su viaje a Egipto, Israel y países vecinos no mostrase deseo de realizar una gestión de paz efectiva, que sólo podía haberlo sido obligando a Israel a ceder en parte, puesto que la RAU había comenzado a hacerlo por su cuenta.

En todo ello ha venido siendo evidente la existencia de una especie de culpabilidad oficial estadounidense en la falta de atención o de información respecto a lo que los gobernantes republicanos egipcios necesitaron y desearon desde 1956. Cuando Gamal Abdel Nasser y sus más directos colaboradores quisieron construir la Alta Presa de Assuan, fue a Wáshington y Nueva York donde primero pidieron el apoyo de expertos y créditos y sólo recurrieron a la URSS cuando la oferta soviética apareció como la única espontánea. En la Casa Blanca, bajo los sucesivos presidentes norteamericanos, no se ha mostrado nunca un interés directo para averiguar y comprobar sobre el terreno lo que podría hacerse con los deseos de unos jefes como los de la RAU, que en su mayor parte poseen una formación técnica anglosajona.

Un testimonio excepcionalmente autorizado y de indudable buena fe respecto a los fallos y los despistes de Wáshington respecto a Egipto es el de Mohamed Hassanein Heikal, director del *Ahrám* (que es el más importante diario del mundo árabe) y ex consejero privado de Gamal Abdel Nasser. Poco antes y poco después de la crisis de mayo, Hassanein Heikal

fue definido en la gran prensa de París, Londres, etc., como un reconocido amigo de lo «pro-occidental».

Ahora bien, precisamente el 14 del citado mes de mayo publicó Heikal en las páginas de su diario un artículo titulado *Yo le he dicho a Rogers*, en el cual daba cuenta de dos conversaciones que él sostuvo con el secretario de Estado de los Estados Unidos durante su visita a El Cairo. Partiendo precisamente del reconocimiento de una anterior amistad, Heikal no tuvo inconveniente en señalar con desgarrada sinceridad los errores norteamericanos respecto a los egipcios y otros pueblos del Oriente árabe. Desde luego, Heikal dijo a Rogers textualmente: «Nosotros deseamos ciertamente que el diálogo prosiga con nosotros. No queremos encontrarnos en estado de guerra con vosotros. Son muchas las cuestiones que nos dividen, pero no existe ninguna razón para que nos opongamos. Pero es natural que reservemos nuestra amistad para quien nos manifiesta amistad y nuestra enemistad para quien actúe como enemigo.»

Refiriéndose a la cuestión de Israel, Hassanein Heikal manifestó: «Aunque no dudásemos de vuestras intenciones, tenemos que dudar de vuestro poder... Lo que pedimos es que no ayudéis a Israel a permanecer sobre nuestros territorios, porque al hacerlo así os asociáis a la ocupación. Le he oído a usted hablar de que existen unos intereses norteamericanos diferentes de los intereses israelíes. Entonces, ¿por qué vais a continuar ayudando a Israel y comprometiendo así vuestros propios intereses?»

Pocos días después fue el presidente Anuar El Sadát quien, dentro del texto del discurso pronunciado ante la Asamblea Nacional de la RAU el día 20, hizo saber que la respuesta egipcia a las proposiciones transmitidas por el portavoz estadounidense Joseph Sisco se basaba en el ejemplo geográfico e histórico de que la península del Sinaí desde hace miles de años (así como el canal de Suez desde que fue construido) ha formado siempre parte de Egipto, incluso antes de que existieran las naciones europeas actuales. Por lo cual, si se tratase de volver a abrir el Canal, el paso de las tropas egipcias a la orilla Este no podría ser en ningún caso objeto de negociación. Egipto nunca ha dejado de extenderse legalmente hasta las fronteras existentes el 5 de junio de 1967.

La paciencia que Anuar El Sadát y sus mayores adictos fueron manifestando desde febrero, en espera de que Washington obrase según el sentido de las disposiciones de la ONU, fue precisamente uno de los pretextos que Ali Sabry, Charaui Gomaa y sus compañeros de complot invocaron al que-

rer derribar a Sadát para ligar más estrechamente a El Cairo con Moscú. Entonces se escribió en la prensa diaria de Madrid: «El presidente Anuar El Sadát ha eliminado a los mayores amigos de la Unión Soviética, y partidarios de una total intransigencia.» Aquél fue, sin duda, un momento propicio para que desde Washington y desde la ONU se hubiesen mostrado apresurados para haber abierto nuevos caminos a los empeños de El Cairo de cumplir sus vínculos exteriores. Pero el único que allí llegó fue Nikolai Podgorny. Así, el tratado de amistad y cooperación que Podgorny y Sadát firmaron el 27 de mayo, para una duración de quince años renovables, fue lógica consecuencia de que únicamente la URSS hubiese puesto atención al empeño de que Egipto recobre su integridad territorial y reanude su normal evolución económico-social.

El tratado propiamente dicho consta de doce artículos y al mismo tiempo de su firma fue publicado un comentario explicativo. El uno y el otro texto se desarrollaban igualmente en términos generales de afirmar que el reforzamiento de la cooperación entre ambas partes firmantes no es para acentuar las discrepancias mutuas respecto a otras terceras partes, insistiendo además en que «la cooperación total entre ellas sirve a la causa de la paz mundial», siempre «conforme a los objetivos de la Carta de la ONU». En cuanto a Israel, la queja principal expresada en el comunicado es censurar la actitud de los gobernantes de Tel-Aviv al negarse a tener en cuenta todas y cada una de las proposiciones hechas para llegar a un arreglo en el Cercano Oriente. En cuanto a las demás declaraciones de que «han de liquidarse las secuelas de la agresión de junio de 1967», esto tanto se refiere a defensa militar como a medidas de adelanto social y planificación productora.

El único aspecto del acuerdo del 27 de mayo que ha podido ser considerado como grave y alarmante por parte de círculos informativos de Europa occidental ha sido el de que hasta ahora las ayudas de la URSS a la RAU (en tiempos de Abdel Nasser) eran de acuerdos sueltos, parciales y limitados. En cambio, el pacto es un tratado solemne de plazo cerrado y formal. En dichos círculos se ha subrayado que Egipto habrá seguido siendo un país «no-alineado», pero desde ahora ha pasado a considerarse un «país aliado» de la URSS (aunque no llegue al grado de «satélite»).

Esta opinión extrema fue recogida y exagerada por los portavoces de Israel; pero, por otra parte, los elementos oficiales norteamericanos se negaron a dejarse arrastrar por el pesimismo israelí e incluso el mismo presidente Nixon dijo: «No vamos a desanimarnos por este tratado. Nosotros

pensamos que las perspectivas de un acuerdo siempre están allí.» Añadiendo luego: «Buscamos relaciones normales con todos los países de la región, comprendido Egipto.»

Un juicio marginal muy interesante fue, por otra parte, el de varios sectores de la prensa española, cuya principal expresión fue un artículo de *ABC* bajo el título «Cambios en dos alianzas». Allí se decía que, por el contrario, la verdadera satelización de Egipto hubiera sido la que planeaban Ali Sabry y sus compañeros y que en todo caso la rápida maniobra de Sadat salvaguardó la soberanía del país. Según esa interpretación, lo fundamental del acuerdo ruso-egipcio fue salvar y enaltecer un necesario prestigio y amor propio para ambos países y que en último caso es la política interna de la RAU la que como base determinará las alternativas y matices de las relaciones exteriores.

La observación objetiva de lo que ha seguido pasando en Egipto a lo largo de todo el mes de julio ha justificado y corroborado el anterior criterio. Además se ha destacado el hecho de que si desde fuera del país del Nilo los comentarios europeos dedicaron su mayor atención al viaje de Podgorny y sus resultados, en cambio para los egipcios la cuestión esencial y capital es la de la nueva Constitución y las elecciones de julio.

El primer anuncio de dichas elecciones y de las diversas reformas para las cuales serán una iniciación y un punto de partida fue hecho por Anuar El Sadát el 20 de mayo en un discurso pronunciado ante la Asamblea Nacional. Aquella primera declaración del presidente de la RAU fue para hacer constar que las elecciones serían «totalmente populares y totalmente libres». En cuanto al objetivo fundamental, señaló que sería para hacer una nueva Constitución en la cual se introdujesen varios artículos con el cometido de garantizar que las atribuciones y responsabilidades de los gobernantes y los parlamentarios sean delimitadas y controlables. En todo caso, el proceso de la reforma quedó dividido en dos partes: antes y después del 23 de julio, que es el día conmemorativo de la Revolución de 1952. Antes del 23 las elecciones diversas y después del 23 el proceso constituyente.

Las elecciones a que hace referencia son las de la Unión Socialista Árabe, es decir, el «partido único» y exclusivamente autorizado en el país, partido en cuyas manos se supone que están de hecho depositadas la soberanía nacional y las funciones del poder ejecutivo. Pero, además, habrá unas elecciones parciales en quince circunscripciones electorales sueltas para cubrir las vacantes de los miembros de la Asamblea Nacional que fueron destituidos

en calidad de diputados por haber tomado parte en el complot de Ali Sabry y Charaui Goma, complot que fue descubierto, desarticulado y reprimido en la noche del miércoles 12 al jueves 13 de mayo.

En líneas generales, el programa de fechas y ejecución era el siguiente: el 5 de julio celebración de las elecciones para las unidades de base (que son las comisiones de la Unión Socialista a través de los poblados, las barriadas, los centros rurales y urbanos de todo el país); el 12, para un segundo escalón, que forman otros comités de departamentos; el 17 para los comités de las provincias; el 23 de julio se reunirán todos los nuevos miembros electos de la Unión Socialista en un congreso nacional y luego, en el seno de dicho congreso nacional, tendrán que elegir un Comité central, del cual se sacará luego el Comité Ejecutivo, es decir, el más alto organismo de gobierno, presidido directamente por el jefe del Estado. Respecto a la ejecución durante junio y hasta el 23 de julio han venido actuando dos comisiones especiales diferentes. Por una parte, un llamado «Comité de los Cien» (compuesto por juristas, autoridades religiosas, profesores universitarios, representantes sindicales, representantes de organismos económicos, etc.), con la misión de vigilar el desarrollo de las votaciones. Por otra parte ha actuado una comisión de redacción del anteproyecto de la nueva Constitución permanente, comisión compuesta por cincuenta miembros de la Asamblea Nacional o «Asamblea del Pueblo».

Realmente todo el planteamiento previo de las aceleradas elecciones y del no menos acelerado proceso constituyente se han hecho en un sentido puramente interior egipcio; es decir, para reforzar simbólicamente (y con más o menos efectividad) la anterior teoría nasserista de que a las masas populares del país del Nilo corresponde la «principal función» orientadora. Además, desde el punto de vista de la política estatal más urgente, el actual equipo que ha quedado en torno a Sadat después del episodio de mayo busca reforzar lo más rápido y apretado posible la cohesión de las referidas masas populares (no siempre tan unánimes como parece) ante lo que oficialmente se denomina ahora en El Cairo «la batalla». Palabra que no sólo se refiere a la posibilidad de que vuelva a estallar la lucha entre las fuerzas armadas egipcias y las de Israel en el Canal, sino también el espíritu de unanimidad que se busca en la opinión pública ante las medidas que los gobernantes de El Cairo tomen o puedan tomar no sólo respecto al riesgo de la nueva guerra, sino al funcionamiento de las estructuras políticas dentro de los encuadramientos existentes.

Ante las diversas eventualidades de toda esta interioridad se ha preguntado desde diversos sectores de información extranjeros (sea en Europa o sea en el Cercano Oriente) qué ocurrirá con el papel de Egipto dentro del anterior conjunto del panarabismo, e incluso se cree confuso y problemático el próximo destino inmediato del sistema de la agrupación de Estados que integran la Liga Árabe.

Uno de los motivos principales de la duda es el de que en cierto modo el reforzamiento de los lazos oficiales pro-rusos después del acuerdo Sadat-Podgorny puede ser considerado como contradictorio con la declaración hecha en Bengasi el 17 de abril para preparar la creación de una «Federación de Repúblicas Árabes» compuesta por la RAU, Siria y Libia (con posible ampliación posterior a Sudán). Se recuerda que el primer estallido de incompatibilidad verbal de Ali Sabry y los suyos contra Sadat y los demás fue porque Ali Sabry, Charaui Goma y demás reputados de «rusófilos máximos» se opusieron tenazmente a que el proyecto de la federación tripartita fuese aprobado por los organismos parlamentarios egipcios. Así, pues, podía suponerse que había una incompatibilidad formal entre la fórmula panarábiga y la soviética; al mismo tiempo que en Damasco fallaba una intenciona de otros «rusófilos» sirios; que en Trípoli se buscaba la extensión de la «batalla» egipcia mediante nuevas solidaridades de países de la Liga y que en Jartum, desde febrero, se está reprimiendo el partido comunista sudanés.

Sin embargo, desde el 9 de junio fue establecida en El Cairo una comisión tripartita permanente de representantes egipcios, sirios y libios, la cual mantiene contactos permanentes con el embajador de Sudán en la RAU. La misión de la comisión tripartita consiste en examinar el texto de los estatutos preparados para la futura federación y determinar los principios fundamentales que deben regir su aplicación tanto respecto a la conducta de los Estados federales respecto a los otros Estados árabes como a los Estados llamados «extranjeros» o no árabes. Por lo pronto, se trata de unificar la acción de las embajadas de los países federados dentro de cada país extranjero donde estén acreditadas. Por otra parte, y en un sentido diferente, la Secretaría General de la Liga Árabe reiteraba desde el 15 de junio la petición a todos los países miembros de una aceptación para celebrar en Argel una nueva «cumbre» de jefes de Estado árabes, según la anterior propuesta que hizo en abril el rey Hassan de Marruecos. La RAU está de acuerdo con dicha sugestión, aunque hay varios países que no se deciden.

En un sector aparte de la acción oficial panárabe destacaron en la segun-

da mitad de junio las actividades personales y diversas gestiones del monarca de Arabia Saudita, es decir, el rey Faysal Ben Saud. El hecho más recalcado, por lo simbólico, fue desde el 19 hasta el 26 la visita oficial de Faysal a Egipto y las conversaciones que tuvo con Anuar El Sadat en Alejandría. Faysal expresó el pleno apoyo de su persona y su país hacia toda la política exterior de la RAU y especialmente hacia la actitud de la RAU ante Israel. Un antecedente muy importante fue la otra visita que a fin de mayo hizo el rey de Arabia Saudita a Washington para entrevistarse con Nixon. Durante la ceremonia de su recepción en la Casa Blanca, Faysal requirió la atención del presidente estadounidense acerca de que los países árabes siguen siendo «objeto de una agresión continua». Faysal dijo a Nixon que los tres mayores inconvenientes de dicha agresión eran «la ocupación de los Santos Lugares, la subyugación de nuestro pueblo y la causa de los desacuerdos entre Estados Unidos y nuestro país». En cuanto a la solución, Faysal insistió en que se cumpla la resolución de la ONU de noviembre de 1967.

Respecto al significado especial de las conversaciones de Faysal y Sadat, en un destacado diario de lengua francesa publicado en la capital egipcia se escribió: «Faysal llegó a El Cairo en el momento necesario y preciso.» Se recuerda que después del pacto de Bengasi para la Federación de Repúblicas, y también después del pacto Sadat-Podgorny, en los círculos políticos israelíes se creía que el llamado «mundo árabe» iba a quedar irremisiblemente partido en dos sectores diferentes y hasta antagónicos; es decir, el «socialista» y el «tradicionalista». Pero el apoyo decidido de Arabia Saudita a la Federación ha roto todas las lucubraciones. Se ha comprobado que las diferencias de régimen o de estructura entre unos países arábigos y otros es una cuestión de diferentes procedimientos, no de diferentes sentimientos.

Para subrayar el empeño de Sadat y sus colaboradores en afirmar que sus posiciones locales y regionales después del pacto con la URSS no son ofensivas, sino defensivas, sirvió también la visita que hizo a la RAU el ministro belga de Asuntos Exteriores, Mr. Harmel. Algunos portavoces de El Cairo expresaron el deseo de que eso sirviese para que en Europa occidental se comprendiese que el pacto soviético-egipcio no pretende ser una toma de posición ante la OTAN y el grupo de Varsovia, sino que permanece limitado al objetivo defensivo ante Israel y que la URSS no ha pedido a Egipto que pierda su independencia de decisión.

En un sector aparte tendieron hacia el apoyo a las tesis egipcias los acuerdos tomados en Addis Abeba por los países miembros de la Organiza-

ción de la Unidad Africana (OUA). Fueron designados diez jefes de Estado de la referida organización con el objeto de que formen una comisión encargada de hacer gestiones directas cerca de las grandes potencias y dentro de la ONU encaminadas a que por fin se cumpla la resolución del 22 de noviembre de 1967 para que Israel se vaya retirando a las fronteras que tuvo antes de junio de aquel año y que si Israel no lo hace se le apliquen las sanciones previstas por la Carta de la ONU.

Los diez jefes de Estado designados fueron los siguientes: el emperador de Etiopía, Haile Selassie; el presidente de Liberia, Tubman; el presidente de Mauritania, Uld Daddah (que es también el presidente de la OUA); el presidente de Camerún, Ahiyo; el presidente de la Costa de Marfil, Houphouet Boigny; el presidente de Senegal, Sedar Senghor; el presidente de Tanzania, Nyerere; el presidente del Congo, Mobutu; el presidente de Kenya, Kenyatta, y el presidente de Nigeria, Gowon. Además, el secretario de la Organización, Diallo Telli.

Parece, pues, evidente que las diversas perspectivas actuales sobre el Cercano Oriente coinciden en que allí no podrá iniciarse una verdadera paz sino después de que Israel proceda a ir haciendo evacuaciones de los territorios que ocupó en la llamada «Guerra de los seis días».

En la citada resolución del Consejo de Seguridad no sólo estaba implicado el crédito de la misma ONU y había un comienzo de satisfacción a las reivindicaciones árabes, sino que de hecho la aceptación que la RAU y otros Estados árabes diversos hicieron de ella venía a contener una silenciosa aceptación de la existencia del Estado de Israel tal como era antes de 1967 y con la reserva de la integración de los cristianos y musulmanes palestineses dentro de un conjunto regional con iguales derechos para todos sus habitantes.